

La novela del Giro 1951

Giulio Crosti

MILÁN, 17. - El comienzo de mi aventura con Lisander tuvo lugar hace algún tiempo a orillas del mar Mediterráneo.

Lisander, muy previsor, a pesar del mal tiempo, buscaba una pensión para pasar las vacaciones de verano; y yo, por motivos laborales, recorría la Riviera de las flores, bajo la lluvia, para seguir los últimos entrenamientos de los ciclistas que participarían en el XXXIV Giro de Italia.

Alessandro Mengoni, conocido como Lisander en dialecto milanés, es un caballero alegre y agradable, con bigote y perilla blancos, muy simpático. Lleno de energía y entusiasmo, absolutamente incompetente en lo que respecta al deporte. Siempre listo para hablar y lleno de ideas, Lisander es un hombre que sabe hacerse amar a pesar de sus mil manías.

Esa mañana estábamos en Sestri Ponente, en la calle del mismo nombre, a la entrada de la pequeña plaza que da al mar. Estábamos esperando el escalofrío que parece recorrer la naturaleza cuando sale el sol. Por supuesto, no había esperanzas de verlo, al sol, pero allí estábamos, esperando, cubiertos con amplios impermeables.



De repente:

-¿Ves lo que yo veo? -preguntó Lisander.

-Ya veo, -dije, aguzando la mirada en la penumbra, en la dirección que me indicaba-; veo un pequeño grupo de personas vestidas de manera inusual, con suéteres gruesos y pantalones de fantasía. Confabulan, discuten entre ellos. También...

-Seguro -completó Lisander- también disponen de bicicletas. Sin duda son contrabandistas en bicicleta; el último descubrimiento. Están planeando una acción a gran escala.

Nos acercamos con cautela...

Ciertamente era Coppi, entrenando; el último entreno antes del Giro.

-Perdón -dije, presentándole a Lisander- aquí Coppi.....



Era cierto que era Coppi, pero no Fausto, el campeón. Era Serse, el hermano. Ahora bien, todos sabéis del gran parecido que existe entre los dos hermanos, ambos corredores. Lisander no los había visto de cerca antes. Estaba tan entusiasmado por haber conocido en persona al gigante de los Dolomitas (creyendo que Serse lo era) que no tuvo tiempo ni valor para disuadirlo. No me dio tiempo. Estrechó la mano de Serse, entusiasta y locuaz; pidió una fotografía con un autógrafo, saludó al grupo de ciclistas con el pañuelo y no paró de hablar. Pero poco después, en un café, mientras exhibía con orgullo la fotografía con una dedicatoria indecifrable, Lisander descubrió la verdad. Un bastardo entrometido dijo:

- ¡Pero éste no es Fausto! ¡Es Serse, el hermano!

El pobre anciano recibió un duro golpe. Cuando se enfada, le tiembla el largo bigote, claro y muy blanco. Incluso la perilla de su barbilla temblaba en ese momento. Pensé que iba a llorar. Pero no, estaba furioso.

Para calmarlo, tuve que prometerle, al instante, presentarle, al capo de la Bianchi, al hombre de las innumerables maglias y de las dos caídas: a Fausto Coppi. En Sestri Ponente, en casa de los suegros de Fausto, en Via Sestri 26, Fausto no estaba. Debía haber ido a Tortona, nos dijeron.

En Tortona (Lisander había querido marchar inmediatamente; él es así), mi amigo pareció calmarse un poco delante del maravilloso plato de pasta rellena, sentado en el hotel Cavallino, pero no se rindió. Quería que le presentaran a Fausto Coppi, el campeón. No me extenderé aquí con las andanzas y expectativas de aquel día. Encontrar a Fausto, cuando no está corriendo, siempre es un problema. Finalmente, ahí está. Fausto salía del portal. No era el mejor momento, yo lo comprendía, pero no podía dejarlo escapar. Avanzamos, hice las presentaciones:

-Fausto Coppi, la Sra. Bruna, la pequeña Marina.

Ahora bien, si hay un campeón que apenas parece campeón cuando no está en el sillín ese es Fausto Coppi, también conocido como el dominador de los montes Pallidi.



Cuando nos quedamos solos, los bigotes de Lisander volvieron a temblar:

-¿Y esto es el superclase, el fenómeno, cómo escriben los periodistas deportivos? ¡Alma mía! Yo quiero ver al verdadero Fausto Coppi, no al pacífico caballero con su pequeña familia que sale a dar un paseo dominical. Lo quiero sudoroso, agotado, lo quiero Fausto Coppi; quiero la mueca del cansancio titánico; deseo.....

Intenté silenciarlo. Estaba resultando demasiado llamativo. Intenté calmarlo. En vano.

-Y tú decías ser mi amigo - prosiguió en voz muy alta- ¡vaya amigo!

La gente, curiosa, se reunió a nuestro alrededor. El anciano siguió nervioso, moviendo su bastón.

-¿Y tenéis que ver las carreras ciclistas solos vosotros? ¿Sólo vosotros de seguidores? - insistió con voz estridente- ¿Sólo vosotros? Nosotros, el público, deberíamos contentarnos con leer vuestros artículos. ¡Pues, de eso nada!

-¡Lisander! -imploré.

-Basta, dijo perentoriamente. Es suficiente. ¡Déjame! ¡Ya veremos! ¡Ya verás tú!

Giró sobre sus talones, pero antes de hacerlo me lanzó una mirada, una mirada difícil de olvidar. ¿Qué tenía en mente el diabólico viejo? ¡Ay! Lo sabría muy pronto.

GIULIO CROSTI

(De uno de nuestros corresponsales)

MILÁN, 18.- Fui a la Gazzetta dello Sport en via Galileo Galilei para ver las operaciones de precintaje del 34º Giro Ciclista de Italia. Este es un espectáculo que es siempre el mismo, pero que es siempre interesante.

En el pequeño patio del periódico rosa cuelgan algunas pancartas, ondean banderas y todos se saludan afectuosamente. Entonces llega el señor del traje azul, besando a todos. Nadie sabe quién es, pero nadie puede negarse a que lo abracen y lo besen. El señor en cuestión participa en el Giro, dormirá durante la etapa en un coche con las cortinas cerradas y será el primero en llegar bajo el cartel de llegada. Aquí, esperará al ganador de la etapa y, después de besarlo, posará junto a él para la fotografía ritual.

Otros padres de familia, muy importantes en la vida cotidiana, se han reunido ayer en el patio de la Gazzetta con extraños atuendos que recuerdan a las verdes praderas. Tienen camisas a cuadros que no se atreverían a lucir por ningún motivo a diario, pero que en vísperas del Giro, las sacan y las usan descuidadamente. Hablan con competencia sobre el cambio de ruedas, y lo saben todo sobre todos los campeones.

¡Aquí vienen!

Aquí están, ya llegan. Un abrumador rugido de entusiasmo les da la bienvenida. Parecen modestos. Bartali es el más tímido de todos. Dice que le duele el hombro, que ya es un viejo. Pero mientras tanto aquí está. Coppi, con su mirada de gacela herida, con sus ojos húmedos y benévolos, se deja sacudir y no rechaza los autógrafos. La nariz de Kubler corta la multitud con facilidad. Magni es uno de los más simpáticos porque, realmente, es en verdad modesto.

También está Hugo Koblet, ganador del año pasado. Siempre tiene ese aire cien por cien suizo. Estoy seguro de que no tiraría un trozo de papel al suelo ni por todo el oro del mundo. Abandona su bicicleta descuidadamente. En su país no roban bicicletas, pero en el nuestro tampoco. Después de precintarse va, muy educado y cortés; la bicicleta está en el lugar donde la dejó.



Club Chocolat Aiglon

13. — KUBLER - KOBLET

Bobet, conocido como Luisón es muy guapo. Las mujeres lo devoran con la mirada.

Los corredores miran a las chicas; los chavales miran a los corredores. La escena de todos los años; ¿no lo dije al principio?

Las carreras ciclistas tienen esa belleza que sólo los periodistas deportivos pueden seguir y ver verdaderamente: pero los aficionados no se dan por vencidos. Ayer llevaban horas frente a la "Garceta" para ver entrar a los gigantes de la ruta. Es el deporte más popular, el más querido por nuestra gente.

Me acordé entonces de Alessandro Mengoni, conocido como Lisander, mi amigo. ¿Recordáis? Lo dejé en Tortona muy enojado porque quería ver a Fausto Coppi en el esfuerzo atroz, en la mueca, brillante por el sudor. Cuánto le encantaría a Lisander ver un Giro, seguirlo; en eso pensaba yo.

Por las escaleras del «rosa»

Pero las operaciones del día anterior eran apremiantes. Estaba completamente absorto por el evento. Caminé de un lado a otro por el patio y subí las escaleras de la Gazzetta. De hecho, es necesario proveerse, antes de la partida, de una infinidad de cosas. Banderas varias para el coche, pulseras, matrículas. Entonces todos buscan, en este día de la víspera, desesperadamente, cuerda. Todo el mundo necesita imperdibles. Pero nadie se ha acordado. Sucede así todos los años.

Así estaba sucediendo ayer. Todos buscaban imperdibles y cordel, cuando, entre la multitud que llenaba el patio del “rosa”, se oyó una voz:

-¡Imperdibles! ¡Cordel!

Sin duda era un vendedor ambulante. Y un adivino. Debe estar haciendo un gran negocio. Me pongo de puntillas pero no puedo verlo.

-Imperdibles, hilo, ¡Cuchillas de afeitar para las piernas de los corredores!

Definitivamente este es un hombre inteligente. Como es sabido, los corredores se afeitan las piernas para no sufrir durante los masajes y evitar infecciones en caso de caídas.

-¡Cuchillas de afeitar para corredores!

« ¡Imperdibles! »

La voz, la llamada, está cada vez más cerca. Tengo mucha curiosidad por ver quién es él. Es la novedad del Giro de este año.

-¡Intérprete para corredores extranjeros! -dice la voz del vendedor detrás de mí.

Me doy la vuelta.

-¡Intérprete para corredores extranjeros!. ¡Inter...!

La llamada se detiene abruptamente. Delante de mí, cargado con cuerda, con imperdibles en largas filas, cargado de cajas de hojas de afeitar está el señor Lisander.

Se le ocurrió esa idea. ¡Magnífico! Este año hay muchísimos corredores extranjeros. En la banda de su sombrero de ala ancha lleva en gruesos caracteres: ¡Intérprete!.

¿Podía dejar que se degradara así? ¿Tú crees? ¿Podíamos dejar que Alessandro Mengoni, conocido como Lisander, trabaje como vendedor ambulante e intérprete para corredores extraños (es un hombre culto) para poder seguir el 34º Giro de Italia?

No pude. Absolutamente. Lo he decidido: Alessandro Mengoni, conocido como Lisander, seguirá el Giro en nuestro coche, en el auto de l'Unità. ¡Que todo vaya bien!

GIULIO CROSTI



TURÍN, 19.- Tan pronto como el alcalde Greppi dio inicio a la primera etapa de este 34º Giro de Italia (realmente muy lluvioso), el señor Lisander, de pie sobre el coche de L'Unità, empezó a gritar:

-Adiós. ¡adiós para siempre! ¡No lo volveremos a ver nunca más!

-¿Estás loco? -le reprendí-, ¡no seas gafe! Volveremos a Milán en 23 días.

-Pero me estaba dirigiendo -explica Lisander-, me estaba dirigiendo al alcalde Greppi. No lo volveremos a ver como alcalde cuando regresemos. Las elecciones no le serán favorables.

Entonces, después de este brillante comienzo, Lisander se hizo cargo de las operaciones. De pie en el coche, nervioso, no se estaba quieto ni un momento, haciendo gestos, preguntando esto o aquello. Estaba radiante de felicidad por cada poro de su piel. De vez en cuando miraba el cielo color pizarra y sacudía la cabeza.

En un momento determinado, habiendo conseguido una bandera idéntica a la usada para dar la salida, empezó a agitarla frenéticamente. Al ver esto, el director de carrera se acercó rápidamente, muy agitado:

-¿Qué hace? ¿Es usted tal vez el director de la carrera, el que usa la bandera roja, -preguntó al viejo infernal el verdadero director de la carrera- o -añadió muy severamente- un comisario de la carrera?

-No, -respondió Lisander con calma-, no soy director, ni comisario.

-Entonces, ¿por qué razón ondea esa bandera?

-Pero esta, señor -dijo Lisander- es mi bandera. Me apasiona ondearla, estoy orgulloso de ello y siempre ondearé mi bandera, en todo momento.

Tuve que intervenir para suavizar las cosas. Lisander, de muy mala gana, retiró su bandera y asumió una apariencia digna.

El grupo procedía de manera compacta. El cielo se oscurecía cada vez más y se acumulaban nubes negras. Pasamos por Legnano y Busto Arsizio y empezaron a caer las primeras gotas.

Luego, un breve intento de Magni, Casola y Maggini, intento inmediatamente abortado. El grupo se ha recompuesto, aunque algunos ciclistas menores permanecen retrasados. Lisander, tras un breve periodo de calma, empieza a temblar de nuevo.

Ordena perentoriamente mantenernos en cola y observar a los últimos, los atrasados bajo la lluvia.

-La verdad -Lisander intenta convencernos de que las cosas son tal como él piensa- estos atrasados son quienes más necesitan de consuelo, de compañerismo. ¿No lo creéis? En cambio, se trata de abandonarlos; no es bonito. ¡No es humano!

Attilio Camoriano llevaba un rato sin decir nada, pero empezaba a enfadarse. Las cosas empeoraron cuando Lisander hizo un breve intento de fuga, que fue inmediatamente abortado, hacia un bar junto al que nos habíamos detenido.

No contento, el viejo satánico, cerca de Borgomanero, logró meterse a un restaurante y sentarse a la mesa. No hubo manera de impedirlo.

Retrasados por el abundante desayuno de Lisander, partimos de nuevo a toda velocidad en busca de la serpiente multicolor que había desaparecido bajo el aguacero. Estábamos muy retrasados sobre el tiempo previsto.

No se veía a dos metros pero Lisander pretendía dirigir las operaciones de la marcha. Señalaba las flechas indicativas, daba órdenes; Camoriano detuvo el auto y se cambió al de unos colegas; tiene amistades muy amplias en la caravana.

Yo me quedé solo; bueno, en compañía del conductor Cucchiara y del viejo:

-Aquí está la flecha indicadora -decía- ¡hacia la izquierda, sigámosla!

Los vestigios de lo habitado y de la civilización habían desaparecido. Sin Camoriano ni los mapas, ya no podíamos comprobar dónde estábamos. Seguimos las indicaciones de Lisander, quien estaba atento a las flechas esparcidas por el camino. La carretera se hacía cada vez más estrecha y el asfalto desaparecía. Estábamos en medio del campo y nos detuvimos al no poder seguir adelante.

-Pero aquí estamos en los viñedos -yo sentí un escalofrío.

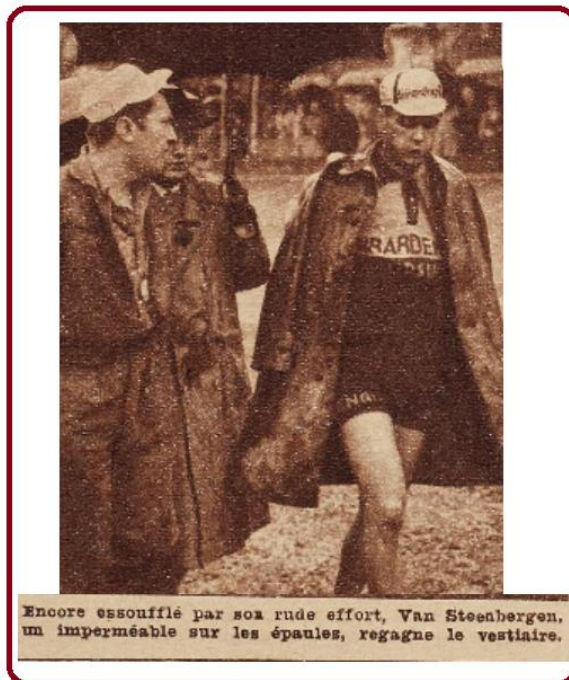
Entonces, apareció una delgada figura entre las hileras. Era un chico calado hasta los huesos, abatido y con una expresión triste. Pidió con voz quejumbrosa que lo sacáramos de aquel lugar.

-Tengo que ir a Turín, -añadió.

-Muy bien -grito Lisander con entusiasmo- nosotros también vamos para allá. Vendrás con nosotros. ¿A quién vas a ver en Turín?

-A nadie -respondió el pequeño desgraciado con voz desgarrada- soy huérfano.

En silencio, con el huérfano a bordo, apretando el acelerador, nos lanzamos a una carrera loca. Un grupo con Magni había escapado e inmediatamente después se formaron otros dos grupos. Lo que hizo en las dos últimas horas de etapa bajo la lluvia torrencial, nuestro Michele Quartieroni, conductor de Mille Miglia, no puedo expresarlo. Basta decir que conseguimos llegar al Motovelódromo de Turín inmediatamente después del ganador, Van Stenbergen.



Bajo la terrible lluvia, cerca de la meta, Lisander tenía de la mano al pobre huérfano. No se dio cuenta de que yo estaba detrás de él, y que podía oírlo.

-¿Cómo gastaste tanto? -preguntó Lisander.

-Los granjeros me ayudaron a cambiar las flechas indicativas del recorrido -respondió el huérfano en voz baja- y tuve que pagarles.

Observé al huérfano. Ya no parecía cansado ni roto. Él estaba contento. Y se notaba que era conocido de Lisander.

¿Cómo lo había conocido Lisander? Una duda atroz me invadía.

GIULIO CROSTI



Antonio Camoriano, Vasco Pratolini, Alfonso Gatto, Michele Quartieri al Giro d'Italia

GÉNOVA, 21. Camoriano nos obligó, a Lisander, al huérfano y a mí, a dejar el coche y buscar otro medio de transporte. Él no quiere saber más de nosotros y tiene toda la razón; el huérfano, en realidad, no es huérfano, sino el sobrino de Lisander, Pierino. Los dos, de acuerdo, recurrieron a la diabólica estratagema de mover las flechas indicadoras en la ruta Milán-Turín, con la ayuda de la población local, para desviar el coche hacia los viñedos donde esperaba el falso huérfano. ¿Podía abandonar a un huérfano mientras llovía? ¿Puedo abandonarlo ahora sabiendo que es el sobrino de Lisander?

El anciano no se molestó en absoluto al saber que estaba sobre sus dos pies; ha alquilado un auto. El auto que nos consiguió es miserable: cuesta abajo camina debido a los frenos muy escasos. No podrá llegar a las etapas de los Dolomitas o, si lo logra, seguramente no podrá escalar los Montes Pallidi.



Papá Pavesi, el director técnico, le ha proporcionado al niño un verdadero equipamiento de corredor y el chico es feliz; el tío está contentísimo. Esto es una verdadera insensatez. Le pregunté a Lisander si aceptaría la responsabilidad de mantener al niño en el Giro haciéndolo novillos a la escuela.

-Ya llegué a un acuerdo con Bevilacqua - respondió Lisander-. Espero que sepas que el conocido corredor también es maestro de escuela: le dará lecciones....



Estabamos un poco cortos de efectivo después del alquiler del auto. Pero el tío y el sobrino, Lisander y Pierino, han prometido que comerán muy poco.



En Alassio llevé a Pierino y a su tío a ver a los corredores preparándose para la salida. Gino Bartali, el hombre de hierro, estaba desayunando: una sopa con 3 huevos, medio pollo, verduras cocidas, fruta y plátanos. En el albergue cercano lo imitaba Fausto Coppi, su gran rival, dispuesto a correr a la señal de la bandera de Ambrosini.

Pero los preparativos para la etapa Alassio-Génova aún no habían concluido. Los dos, al salir a la calle donde fueron recibidos con aplausos delirantes, comenzaron a llenar los numerosos bolsillos de sus maglias con bocadillos, azúcar, plátanos y otros alimentos. Pierino, que en cambio tenía los bolsillos de su camiseta de corredor llenos sólo de canicas y adornos, miraba admirado con la boca abierta, de la que emergía un fino hilo de saliva.

Después de la salida todo fue bastante bien hasta que, tras dejar la Plana di Albenga, nos enfrentamos a las dificultades más graves del día. Entramos en el interior y fue agradable ver la clase de Loretto Petrucci, la esperanza de nuestro ciclismo. A paso rápido, con alegría, Loretto logró comerse un huevo, dos huevos, tres huevos. En un instante. Los sacó del bolsillo trasero, los golpeó con un preciso y afectuoso golpe en el manillar y arrojó las cascaras como proyectiles a la cara de los que le seguían.

Petrucci: un chico con clase, sin duda. Aquí está Loretto luchando con el Turchino: cinco plátanos, doce pasteles de arroz, azúcar, café, siempre sin dar señales de cansancio. Los otros Gigantes de la Carretera también comieron: unos maravillosos pollos, unas chuletas del tamaño de la plaza de un pueblo.....



Lisander y sobre todo Pierino no se perdían ni un solo instante de la apasionante etapa. Más plátanos, más botellas enteras de agua mineral.

-¡Qué sed! -dijo Lisander descuidadamente.

-Tío -suplicó Pierino- me muero de hambre y de sed.....

Noté que Pierino había desaparecido de repente. Nos habíamos detenido poco antes en una fuente, donde nos había costado beber teniendo que mover las innumerables bicicletas abandonadas por el público que se había acercado al borde de la carretera para ver pasar a los gigantes de la carretera. Rápidamente continuamos la ruta.

A mi pregunta silenciosa sobre el niño, Lisander había hecho algunos asentimientos tranquilizadores.

Mientras tanto, habíamos llegado al avituallamiento en Novi.

¿Has visto, lector, alguna vez la escena del avituallamiento? ¡Qué hermosura!

Los corredores llegan rapidísimos; a lo largo del camino esperan, a pie, los hombres de las Casas, con las bolsas colgando en las manos.

El corredor entonces, decíamos, llega como un rayo, agarra la musette y se va; a veces alguna bolsa se cae; otras veces como ahora, aquí en Novi, por ejemplo, se cometen errores y un competidor agarra una bolsa que no es la suya; el hombre de la Casa, enfurecido, grita y grita en vano; el corredor huye, tal como sucede en este momento, huye sin darse la vuelta...

Muchos ciclistas aprovechan el avituallamiento para intentar escapar. Como este, por ejemplo. Quiero saber quien es: quién es éste. Tal vez sea la llamada revelación...

Pisé el acelerador. Ya estamos cerca de él. Lisander anima en voz alta al fugitivo. El momento es apasionante. El corredor no tiene número; se le habrá caído. Me levanto para ver mejor.

Caigo sobre mi asiento con estrépito. Es Pierino. ¡El corredor es Pierino! ¡Se hizo pasar por un competidor para hacerse con la musette que contenía la comida! El estómago vacío es un gran estimulante.

¿Pero qué pasará ahora? De hecho, se acerca el auto del director de carrera, con un silbato, y con una mirada terrible.

El resto de la etapa Alassio-Génova, como comprenderéis, no tiene ninguna importancia para mí. Aunque acabó, una vez más, con una escapada y con la victoria de Rodolfo Falzoni.



GIULIO CROSTI

FIRENZE. 22. En Génova, poco antes de la salida, me encuentro con Lisander y le pregunto ansioso por su sobrino Pierino, que ha fingido en la etapa anterior ser un corredor para hacerse con comida en el avituallamiento.

-Todo está bien - responde el anciano animado - Pierino está escondido en el camión, debajo de unos tubulares."

-Quiero decir: ¿cómo van sus estudios con Bevilacqua?

-Muy bien, ya puede cambiar los tubulares con los dientes en menos de dos minutos y casi se sabe la tabla de cambios de memoria....

-¿Pero no pretendías aprovechar que Toni Bevilacqua, además de ser campeón, también era profesor en la escuela? ¿No querías que le diera lecciones?

-Cambíé de opinión. Vale más en la vida de hoy cambiar un neumático tubular en menos de dos minutos que saber latín, querido.

Después (al verme perplejo):

-Anímate -continúa-, la vida es bella. ¿No te da un nasequé este Giro? Me siento como si tuviera veinte años. ¡Me siento como un joven! Por cierto, vendí el coche para pagar la bici que tomó el otro día Pierino. Tengo que encontrar un sitio para seguir la Génova Florencia.....

No le molesta en absoluto encontrarse de nuevo a pie.

Se vuelve hacia Ardissono, jefe de los Amigos de L'Unitá, que en compañía de Cacioni, conocido en romanesco como "Er bocio" (es decir, el diablo), en ese momento pasaba en un magnífico vehículo de los Amigos, cargado de altoparlantes, brillante de pintura roja y deslumbrante.

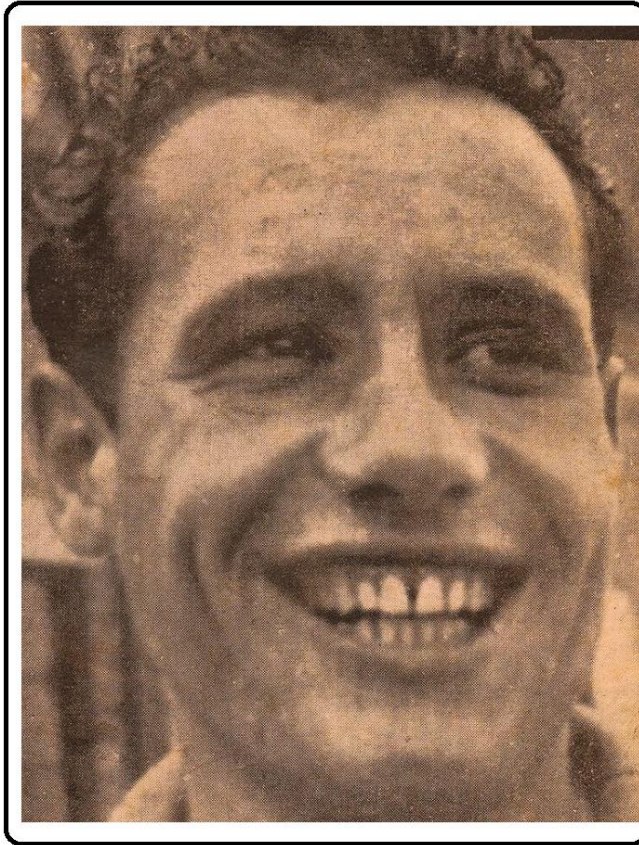
Lisander pide perentoriamente un lugar: con decisión Ardissono se niega y parte rápidamente.



Una polémica con Bini

El viejo satánico, para nada preocupado, avanza resueltamente con sus orgullosos mostachos al viento hacia el coche publicitario que muestra y lleva a una magnífica chica rubia. Lo veo inclinarse con confianza, explicar algo con cuidado, besar la mano de la chica y subir. Ha sido aceptado. Seguirá la etapa en este vehículo.

En ese momento pasa el corredor Bini, toscano y burlón:



-¡Oye! -grita, dirigiéndose a Lisander con elegancia-. Ey, tú; no seas tan gallito que ya has perdido tus plumas...

Lisander no se da por aludido pero está muy enfadado.

Se ha dado el "vía" a la etapa. La carrera se pasea junto al mar. Después de la Ruta, se baja a Santa Margherita, en Rapallo, frente al encantador Tigullio. Al llegar, aparece ante nosotros el coche en el que subió Lisander. Traigo los binoculares. Lisander está arrodillado en el suelo del vehículo.

En Santa Margherita cruza primero Casola. En Rapallo Corrieri. Bini está detenido en una cuneta: ha pinchado. El coche publicitario en el que viaja Lisander con la rubia se detiene junto a él. El Sr. Alessandro Mengoni, conocido como Lisander, sin duda todavía está mosqueado con los punzantes sarcasmos de Bini. Está observando. Espera que Bini no pueda soltar el neumático tubular. Vanas esperanzas. Bini vuelve a arrancar y se gira y grita:

-¿Lo viste? Yo me he arreglado; en cambio tú.... ¡No vales más que un niño!

Chiavari, Lavagna, Sestri Levante. Dejamos el mar y nos adentramos en el interior. Lisander ha desaparecido, sosteniendo la mano de la rubia. La serpiente multicolor continúa zigzagueando, pero a paso soñoliento. El primer sol cálido del Giro la agita pero con ternura.

Bini está muy despegado, decide retirarse. Mientras sube al coche de su casa, Lisander llega a toda velocidad. El coche frena bruscamente. El viejo se recuesta con picardía y le grita al corredor:

-¡Oye, Bini, ríe Bini el que ríe el último!

Los folletos en la Cascine

Habiendo dicho este horrible chiste, Lisander se marcha muy satisfecho. No lo veré durante unas horas.

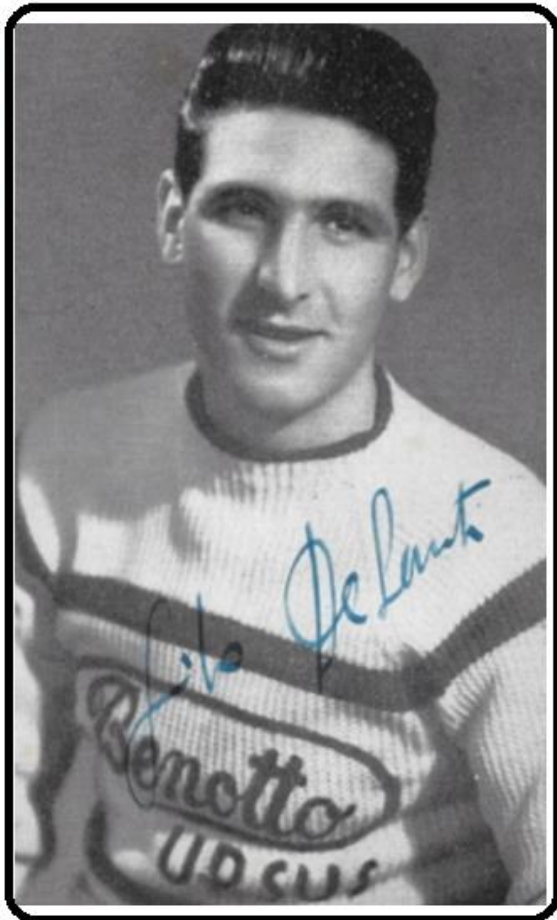
Después de las primeras flores ofrecidas a los coches de la L'Unità por los compañeros de Riva Trigoso, aquí en Toscana, otros compañeros literalmente nos abruman a rosas, otros paquetes, o regalos.

En Empoli no quieren dejarnos partir otra vez.

Estamos en la fase denominada reyerta final competente. Rossi y De Santt huyen.

Vuelvo a ver el auto de Lisander. Él está de pie. Grita algo que no puedo entender. Tira los volantes dibujados con el ciclostil que está instalado en el auto de la rubia. Esta parece estar divirtiéndose mucho. Intervienen los comisarios de carrera y están a punto de expulsar a Lisander. No se atreven.

Consigue entrar en la pista de Cascine de Florencia, donde se encuentra la meta, y continúa lanzando folletos.



Ganó De Santi. Rápidamente, el alegre anciano se acerca al ganador y con un movimiento ágil le arrebató el ramo de flores que tiene en la mano y sale corriendo. Se lo lleva a la chica rubia. Luego lanza otros folletos mimeografiados. Uno de estos cae cerca de mí. Está escrito en letras mayúsculas y dice "Viva Gina la rubia, la chica más bella de la caravana multicolor".

Reconozco la letra del volante: es la de Lisander. Gina es la chica que está con él en el auto publicitario. Más tarde me encuentro al anciano, vestido con un traje gris muy distinguido; se acerca, me habla al oído:

-Será el Giro, puede que sea el sol, puede que sea la primavera, pero, querido Crosti, estoy enamorado. ¡Una muchacha encantadora!

No voy a preguntarle quién es. Lo sé; es la rubia. ¡Lisandro enamorado! ¡Dios mío, eso es lo que nos faltaba!

GIULIO CROSTI

PERUGIA, 23. Un joven sacerdote de mirada agitada se presenta a las 11 en punto en la Piazza della Signoria de Florencia, lugar de encuentro para la salida de la 5ª etapa que nos llevará a Perugia.

-Perdón -le dice el cura al primero que se encuentra-, me gustaría hablar con el que dirige todo.

-Soy yo -responde un fulano que en realidad no nos dice nada.

-Me gustaría participar en la Vuelta Ciclista a la Península ¿esta permitido?.

-¿Pero qué quiere hacer? ¿Qué tienes en mente?

-Verá, -el cura es muy amable y gentil-, me dijeron que los corredores toscanos suelen usar frases irreverentes, incluso dicen blasfemias, cuando algo no marcha en su bicicleta....

-Cierto. Juran cuando pinchan: ¿y qué? ¿Es esto quizás algo nuevo?

-Yo quisiera -insiste tímidamente el sacerdote- estar cerca de ellos para consolarlos y modificar su lenguaje. Mi misión en el Giro sería precisamente...

-Váyase al diablo -responde el tipo enojado-. ¿Pero cómo se le ocurre...? ¿Quién fue el que le dijo algo así?

-Este -indica el sacerdote.

Yo, que estoy al lado oyendolo todo, me doy la vuelta y me quedo sin palabras. Este es Lisander, el anciano infernal que viste casualmente un traje de corredor; su maglia azul claro lleva escrito en su pecho: "Lisander".

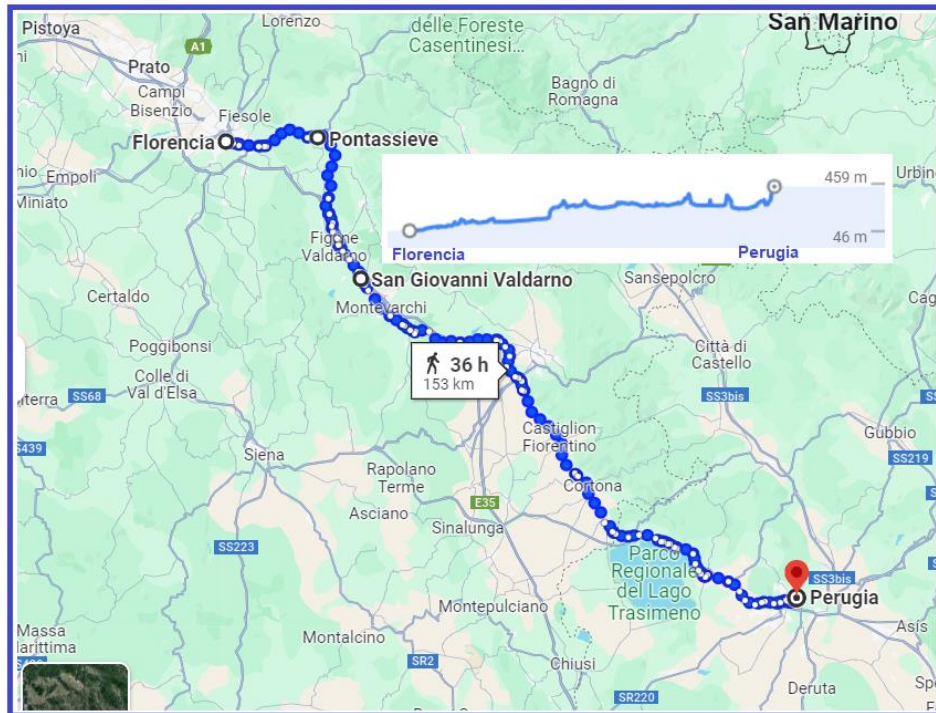
También está equipado con una bicicleta y responde a los saludos de la multitud.

Le pregunto sobre el asunto del sacerdote.

-Es mi truco -responde-, hoy corro yo, y he pensado que si podía agregar a la caravana multicolor un sacerdote que les echara un sermón, todos se sentirían culpables, y yo podría escapar. ¿Qué opinas?.

-La Florencia-Perugia -explica Lisander- es una etapa corta y nerviosa, hecha especialmente para mí...

Se sale de Florencia tomando la carretera que, siguiendo el camino del Arno, lleva a Pontassieve. Lisander intenta hacerse visible para la rubia liderando el grupo.



Hace un calor terrible. Todos se lanzan a por las fuentes. Lisander entra en una taberna y pide medio litro de Chianti. Se limpia los largos bigotes y se tensa de nuevo sobre el manillar. De vez en cuando grita:

-Dadme un punto de apoyo y ganaré la etapa -mientras lo dice se agarra a todos los guardabarros y logra permanecer en el grupo unos segundos más.

Después de Pontassieve se tuerce hacia el sur.

Y tenemos el auto en el que se encuentra Bini, el corredor que se retiró ayer. Había discutido con Lisander, pero ahora los dos se han hecho amigos.

Parado de pie en el auto, al final del grupo, mientras Lisander sigue perdiendo terreno y parando a beber en cada taberna, Bini le motiva con las clásicas frases que los grandes “detés”, perdón, directores técnicos de los equipos, utilizan en los momentos culminantes:

-¡Dale! ¡A muerte! ¡Dale... así está bien, Lisander! Las manos abajo del manillar. ¡Dale con todo!

El viejo del gran corazón no se rinde. Estamos cerca del paso a nivel de S. Giovanni Valdarno. Me vuelvo de nuevo y tengo una última visión de Lisander pavoneándose con orgullo y marchando hacia el cruce con la vía férrea, con su mostacho blanco en alto y temblando al viento de la carretera.

Continúo para evitar la confusión final. Subimos hacia Perugia, las calles están repletas de gente tan numerosa como el sorgo.



Tras la llegada de Giudici, que ganó la etapa, llego laboriosamente a mi hotel.

-Le llaman por teléfono -me dice el director muy educado.

Bini llama con la voz quebrada por la emoción:

-Aquí habla Bini. Estoy en el policlínico Monteluca. Lisander no vio que las barreras de un paso a nivel habían bajado y se golpeó contra ellas...

Salgo corriendo hacia el hospital donde Lisander, víctima de su entusiasmo deportivo y de una loca pasión amorosa, se encuentra tendido en una cama blanca.

Ojalá que no sea nada grave.

PERUGIA, 24. La nuez de Lisander ha resistido. Con el cuello vendado, el viejo satánico abandonó esa misma tarde el Policlínico de Perugia y, como siempre, sin inmutarse en absoluto por el suceso, empezó a caminar por las calles de la ciudad, con aire marcial y bigote al viento.

Escribió cientos de postales y una carta a su hermana Carolina, la madre de Pierino. Me ordenó que se la enviara, pero la abrí y se la leí. Aquí está el contenido de la carta de Lisander. Nada he quitado, ni agregué nada.

Querida Carolina, pequé y fui castigado. Después de enamorarme de una hermosa chica rubia, intenté dar un paseo en bicicleta y terminé en el hospital. Pero mi fuerte fibra resistió. Te escribo desde un café del centro con el cuello vendado.

Encerré a Pierino en el armario de mi habitación; odio decírtelo, pero ese chico tuyo no se está comportando como debiera.

Escribe frases insultantes sobre el asfalto, se ducha con la manguera mientras se hace pasar por un señor del jurado...

Mañana por la mañana cuando abra el armario le haré prometer que se portará bien, y si no me lo promete, bueno, aborrezco decírtelo, pero se lo entregaré a la policía. Te lo devolverán con una orden de deportación.

No puedo asumir esta responsabilidad.

El Giro continúa y, no quiero alardear, pero ahora tengo un papel protagonista en la gran carrera "rosa" por etapas.

Por lo demás, aquí todo está bien.

No puedo evitar señalar el comportamiento del "viejo", es decir Gino Bartali. Los viejos mantienen en alto el prestigio de la categoría y el florentino dio clara prueba de ello a la llegada de la penúltima etapa, donde hizo frente a Mario Parozzi, el deté de la "Bottecchia", y le dio una dura lección con la bomba de bicicleta. Se podría decir que el "viejo" está un poco decaído en términos de clasificación general, pero ciertamente no en términos de voluntad y espíritu de iniciativa.

El jurado, siempre quisquilloso y sin humor, multó a Bartali con 5.000 liras. ¿Qué clase de problemas le suponen a él? Una insignificancia porque, como sabras, Gino tiene ahora una empresa de velocípedos, dos de equipamiento deportivo y una fábrica de hojas de afeitar.

¿Cuánto quieres que sean 5.000 liras para él? Una bagatela.

Por tanto, aplaudo a Gino y deploro al jurado, el cual debería prestar atención al orden de llegada y a las clasificaciones, en lugar de perder el tiempo con estas tonterías.

¡Viva el campeón atemporal, viva Gino! El es muy bueno porque, después de haber golpeado al infortunado con la bomba, se fue a Asís a pedir perdón. El obispo lo absolvió.

Por lo demás, repito, aquí todo está bien. A Ardissono, Quartieroni, Cacioni les va muy bien y ya no saben dónde guardar los regalos que les dan los compañeros durante las etapas. Camoriano es muy conocido, y a lo largo del recorrido su nombre es el que más resuena.

El único punto delicado es el de Crosti, que no se entiende por qué lo han mandado al Giro, ya que siempre duerme.

El utiliza este truco: se mete un pañuelo debajo de las gafas de motociclista y todo el mundo cree que sigue atentamente la carrera; en cambio, Crosti, protegido por su pañuelo bajo sus gafas, tiene los ojos perfectamente cerrados; con su nariz, el ilustre colega, emite un sonido continuo; vamos, ronca como un león.

Me preguntas, querida Carolina, si todavía me interesa el asunto por el que, con artimañas, llegué al Giro. Claro que no lo he olvidado. ¿Cómo podría? Estoy para esto. Pero claro, tengo que tener cuidado y que nadie se dé cuenta. Todo el mundo cree que estoy en el Giro porque soy adicto a las carreras ciclistas, y me aguantan por esto.

Ay, si supieran el verdadero motivo de mi presencia en la caravana multicolor; en cualquier caso te mantendré informada del "asunto" de vez en cuando.

Para mañana, la etapa contrarreloj, tengo una idea estupenda. Ya verás. Lee el periódico y te entusiasmará. Te dejo ahora porque el tiempo apremia. Te besa y abraza afectuosamente tu Lisander.

Tan pronto como terminé la carta, yo he corrido a liberar a Pierino. Abrí el armario. Casi se asfixia por falta de aire. Me lo agradeció mientras lloraba. No he podido averiguar cuál es el asunto; cuál es el secreto de Lisander; por qué misteriosas razones sigue el Giro.

Ni siquiera sé lo qué piensa hacer en la crono Perugia-Terni. Lo juro. En cuanto a la historia de mi continuo dormir, es, como habréis comprendido, una malicia del viejo satánico.

Yo te saludo también a ti, lector; tu más afectuoso,

GIULIO CROSTI

TERNI, 25. Lisander, el viejo irascible, se encuentra con Toni Bevilacqua al inicio de la etapa.

-¡Linda figura! - dice, maligno-. Un as como él, que toma un giro equivocado al entrar en la pista para el sprint final en Perugia... ¡Hermosa figura, por cierto! Que se sepa que estoy avergonzado y que ya no enviaré a mi sobrino Pierino al colegio con él....

El abanderado de Benotto inclina la cabeza. Tiene la cara roja y no dice una palabra, pero el director de carrera, que ha escuchado la diatriba del anciano, ataca a su vez a Lisander.

-¡Fuera! Y deje de molestar a los corredores... ¡Fuera de aquí!...

-Modere sus palabras -responde el viejo-, modere sus palabras o le denuncio a la Presidencia de la UVI.

¡Ojalá no lo hubiese dicho! El D. C. aprieta el silbato y silba largo rato. Los carabinieri a caballo, con uniforme completo y pluma, el sable desenvainado, acuden al galope. (Como es sabido, los carabinieri de uniforme completo, con penacho y sable desenvainado, al galope, siempre están presentes en las cronos).

A la carga, se lanzan sobre el inerme viejo, pero Lisander, muy ágil, salta al asiento trasero de la magnífica Nettuno de Barbisa, la moto del conocido fotógrafo milanés. Los dos huyen hacia las colinas de la verde Umbría y al cabo de unos minutos desaparecen.

Entonces los carabinieri cargan contra la multitud indefensa.

Mientras con nuestro coche vigilamos a Dante Rivola de la Benotto, que continúa cambiando de marcha, y girando en falso en cada curva, Lisander pasa a toda prisa, todavía en el asiento trasero de la Nettuno de Barbisa, llevando consigo una gran pizarra; suponemos que él ha decidido darle una lección a Pierino.

-No, -responde Lisander - necesito la pizarra para otra cosa: ya verás....

Luego desaparece entre las ondulaciones de las colinas de la verde Umbría, bebiendo de una botella de agua sulfurosa. Reaparece poco después. Va y viene entre corredores, vigilando al D.C. (Director de Carrera) y a los C.C. (Carabineros a Caballo). Ha colocado la pizarra en la espalda de Barbisa y se dispone a escribir algo con tiza.

La etapa contrarreloj Perugia-Terni se cocina como pan caliente bajo el sol feroz de las horas de la canícula.

Continuamos hacia Casalina; llegamos a la cima de Todi y Dante Rivola sigue usando mal las relaciones. Sin embargo todo va bien... cuando noto un extraño ataque a la serpiente multicolor. Lisander en moto pasa de un corredor a otro, mostrando la pizarra.

Los seguidores se sobresaltan al leer lo que allí escribió el anciano. También observamos que los más agitados son los colegas de los periódicos demócratas y gubernamentales. Uno de ellos llama a Carini, un hombre equipado con una trompeta y él, rápidamente informado, toca la misma, despertando con el eco a la campiña pálida y tostada por el sol. El director de carrera, advertido, silba largo rato; entra corriendo la policía a caballo y comienza la persecución de Lisander.

La persecución continúa hasta Campitello, en las afueras de Terni. Aquí finalmente es alcanzado el viejo satánico. Los carabineros a caballo lo llevaron a Terni y lo encarcelaron.

Sólo a última hora de la noche, después de explicar el malentendido, puedo liberarlo. "Abajo DC", había escrito Lisander en la pizarra con letras mayúsculas; "vota en contra". Pero fue un malentendido.

Dado que está prohibido realizar propaganda política en el Giro, lo habían detenido, pero fue, como dije, un malentendido. De hecho, Lisander no quiso decir: "Abajo la democracia cristiana" sino "Abajo el director de carrera".

En cuanto a "vota en contra", se refería a la elección del Reginetto del Giro, que, como cada año, tendrá lugar en Pescara. Vota en contra. No elijas reginetto, quiso decir Lisander.

GIULIO CROSTI

(¡De uno de nuestros corresponsales!) Si **Terni Roma** no dio un gran golpe a la clasificación, si al llegar los romanos pudieron admirar un volatone enorme, aunque dividido, bueno, hay una razón. La etapa que debería haber trastornado todo no trastornó nada.

Hay un porqué. Este es, por supuesto, Lisander. El esbelto anciano mantuvo todos los ases juntos, incluso en los momentos más difíciles de la subida a Rocca di Cambio y Monte Bove, con una de las suyas que le han hecho justamente famoso. Pero no nos adelantemos...

Así que aquí estamos partiendo de Terni. El director de carrera repite solemnemente, justo antes de bajar la fatídica bandera roja (que tanto tienta a Lisander); repite con voz rotunda:

-El cambio de rueda está permitido.

De inmediato ataca Lisander. Con una rueda recibida como regalo de un corredor cuyo nombre lamentablemente se me escapa en este momento, realiza el cambio. Cambia la rueda con un magnífico triciclo de heladero. Ya sabes... esos que tienen el cisne en la proa y grandes cantidades de helado de todos los sabores en la barriga.

La serpiente multicolor tiene a Lisander detrás. Es inútil que la policía de tránsito intente echarlo: él, muy ágil, con un casco colonial en la cabeza dado el gran calor, se cuela entre los coches, se cuela en el pelotón, con el bigote blanco en forma de manillar ondeando al viento.

-¡Helados! ¡Gelati! grita el astuto anciano con voz aguda.

Es fácil imaginar el poder que tiene tal reclamo en un día caluroso. Magni, que lleva el número uno como se sabe, es el primero. Lisander le da un cono de fresa y pistacho verdaderamente extraordinario. Fiorenzo lo devora en un abrir y cerrar de ojos. ¡Bobet no quiere ser segundo! Fausto no puede evitar pedir su estupendo crema-chocolate. Gino, un poco gruñón como siempre, hace oídos sordos:

- ¡Fuera, fuera! - grita el florentino-. Basta de frivolidades. Fuera los helados...

¡Uh, uh! Los demás corredores protestan al unísono. Y Gino tiene que rendirse. Toma uno de vainilla y limón.

Extranjeros con nombres difíciles que ni siquiera intento mencionar, naturalmente son los primeros en pedir los helados. Su naturaleza simple está en éxtasis.

El director de carrera está furioso, pero esta vez, como la etapa no es una contrarreloj, los carabinieri a caballo no están y Lisander, agarrado con el gancho a los coches seguidores, puede seguir vendiendo los refrescantes y bienvenidos helados.

¡Helados! ¡Helados! Se oye resonar en los valles este grito insistente.

Todo el mundo tiene una sed terrible. Una vez que comen un helado tienen que pedir otro. Los gregarios se encargan de ir y venir donde Lisander para conseguir más helados.

-¡Crema vainilla! ¡Pistacho! Todos los gustos.

Así continúa la carrera, en familia. Los corredores, como muchos niños, prefieren quedarse junto a Lisander que sube lentamente la cuesta, para no perderlo y no perder los conos con él.

Así llegamos cerca de Roma, la Ciudad Eterna, donde el gentío es denso y ruidoso. Lisander chupa la rueda de los líderes en su triciclo. El público lo aplaude frenéticamente.

El circuito de Caracalla recibe con un rugido de alegría el sprint del "vecchio" Bartali, que se ha fugado del grupo, y Lisander corre a abrazarlo. Luego, rápido, vende entre el público los últimos helados que le quedan.

La bolsa que lleva al hombro está repleta de dinero.

Entramos al hotel en medio de la curiosidad de los camareros que se turnan para acercarse a ver por el ojo de la cerradura. Lisander cuenta los cientos de billetes pequeños que hay sobre la cama.

Cuando Lisander termina llegan en tropel los administradores de los periódicos, que, como se sabe, siempre están ávidos de dinero.

Lisander huye rápidamente por la escalera de servicio.

-¿Dónde vas? - le grito.

-Me voy. ¡Tengo prisa! - responde el viejo satánico - Adiós; nos vemos el martes.

Así diciendo golpea con fuerza y satisfacción la bolsa que contiene el dinero obtenido de los ingresos de los helados y desaparece de mi vista.

¿Dónde se habrá ido Lisander?

No lo podré saber hasta el martes, como él mismo me anunció.

FOGGIA, lunes 28.

Quién te escribe hoy, querido lector, no es Crosti; soy Pierino, el sobrino de Lisander. Mi tío Lisander en la etapa del polvo, Terni-Roma, vendió mucho helado para reunir el dinero que necesitaba para regresar rápidamente a Milan en avión, para votar. Incluso en el Giro todo buen ciudadano debe cumplir con su deber.

Crosti se comió los helados sobrantes para evitar que se echaran a perder y ahora no se encuentra bien.



Entonces, aquí estoy yo con el artículo. No sé escribir bien, pero llevo un diario y he visto algunas cosas que realmente merecen ser contadas.

Verás, mi tío Lisander es un gran conversador y Crosti se ha dejado atrapar por él; de hecho, el tío resulta muy simpático; a todos.

Pero yo soy un hombre joven y los jóvenes no nos tomamos las cosas tan a la ligera. El Giro es bonito, es bonito para un chico ver de cerca a Bartali y a Coppi, ver cómo pedalean; las subidas, las bajadas aterradoras, los pinchazos y la serpiente multicolor, como dice el tío. Pero también hay algunas cosas conmovedoras que he notado, aunque yo tenga que andar escondido para que Ambrosini no me vea.

Las cosas que vi y quiero describirte son cosas que sólo nos pasan a nosotros. A los de l'Unità, es decir, los comunistas. Y a ningún otro periódico le pasa lo que le ocurre al nuestro. Nadie grita, cuando pasa la serpiente multicolor: ¡Viva el Corriere!, por ejemplo, o ¡viva fulano! o mengano.

Pero con nosotros es otra cosa.

De todos esos rostros que se alinean bajo el sol, desde los balcones, desde los árboles y los prados, cuando llega el coche rojo conducido por Quartironi o el hermoso camión donde están Ardissono y Cacioni, se oye un solo grito: ¡Viva l'Unità!, ¡vivan los camaradas!, ¡Viva Camoriano!, ¡Viva Lisander! (quién sabe por qué, mi tío es más conocido que Crosti). Y se apresuran a detener el auto.

No os contaré las escenas que suceden, te hacen llorar... Nos dan regalos, dinero, tartas, flores, cerámica artística, frascos de vino, especialidades locales, gasolina, de todo. Imaginemos que en Perugia un anciano, pasando junto a nuestro coche (que era día de descanso), se detiene y dice: "Pero este es el coche de l'Unità", "nuestro coche". Diciendo esto, mete la mano en el bolsillo y saca cien liras. Luego añade: "Queridos camaradas, no tengo más, pero os lo ofrezco de todo corazón para nuestro periódico", y se habría ofendido si no hubiéramos cogido las cien liras.

También en Perugia, una pequeña y linda niña con un gran ramo de flores vino hacia nosotros y dijo con su vocecita: "Mi nombre es Marcella, mi papá y mi mamá siempre leen l'Unità, y os quiero". ¿Qué podíamos responder? Los labios de Crosti temblaban y estaba tratando de actuar con naturalidad, pero estaba claro que no podía.

Entonces Crosti se vengó, besando con desenvoltura a todas las chicas que paraban el coche, especialmente en Toscana. Un grito: "l'Unità", "camaradas, parad, parad". Una hermosa muchacha se adelantó con un gran ramo de claveles rojos y Crosti inmediatamente la abrazó y la besó. Siempre él y el resto de nosotros estábamos un poco moscas. Eso en Toscana, después, ni te lo cuento.

Una anciana vestida de negro ofrecía un ramo de flores del campo. Eran muy sencillas, pero el ofrecimiento iba acompañado de esta frase: "Sois nuestros hijos, nuestros queridos compañeros". Y entonces las flores se convirtieron en hermosas rosas, como se pueden ver en las floristerías de lujo.

Unos jóvenes nos regalaron unas amapolas, explicando: "estamos en paro, no podemos daros nada más, pero lo hacemos con el corazón".

El camión estaba lleno de regalos y flores, y en Roma descargamos todo en la oficina de los Amigos de l'Unità.

Entonces Togliatti salió del despacho de Ingrao y lo vi de cerca por primera vez. Le presentaron a Crosti y él dijo:

-¡Ah! ¡El viejo infernal! (se refería a mi tío Lisander y no a Crosti, claro). Luego empezó a hablar con Camoriano, preguntándole muchas cosas sobre los corredores, sobre Fausto y Gino y sobre los extranjeros.

Por eso el Giro es tan bonito. Me encontré con el camarada Togliatti y con muchos amigos nuestros; porque hay otras cosa además de las carreras y las locuras del tío Lisander. Por eso, le pedí a Crosti que me dejara decirlas, y también le pedí que escribiera sobre estas otras cosas, cuando él crea.

Y con esto me despido de vosotros, diciendo, compañeros lectores y amigos: hasta pronto. Sin embargo, debo añadir que mi tío Lisander, lamentablemente, volverá a seguir el Giro. De hecho ya ha regresado de Milán, donde votó.

Les mando mi cariño, vuestro, Pierino.

Pues yo estoy de acuerdo. Pierino también debería escribir algunos artículos. Debo señalar que si me enfermé no fue por el helado, sino por las gambas, o camarones, o quisquillas. Eso que quede claro. GIULIO CROSTI

Pescara, 29.

Desde su regreso de Milán, donde había ido a votar, había observado que Lisander, el viejo infernal, se había hecho amigo de los miembros de la tripulación de un coche de la caravana publicitaria; precisamente el coche que sigue a la Serpiente multicolor en nombre de una conocida empresa milanesa de famosos aperitivos.

El coche en cuestión, y reconozco que es una bonita idea, está equipado como un tranvía de la antigüedad. Un auténtico tranvía del siglo XIX, con la pertiga de toma de corriente, con su conductor y todo lo demás. Sólo que debajo, en lugar de sus ruedas, tiene neumáticos de coche.

Además, viendo esta mañana a la salida de Foggia que Lisander se había detenido junto al tranvía del tiempo de De Amicis, y sabiendo que los cambios de ruedas estaban permitidos para la etapa Foggia-Pescara, pensé que el mencionado anciano había decidido cambiar la rueda con alguna bandeja de aperitivos de las que dispone el tranvía en cuestión. Pero estaba equivocado.

Pasabamos por el desierto. Se necesitaba una brújula para orientarse. La carretera era recta y vacía: una cinta blanca colocada con precisión de contable en las Tablas de la Puglia. No hay rastro de Lisander. Sabía que el sobrino Pierino iba más adelante, escondido en uno de los muchos coches de la comitiva.

Una etapa de transferencia: en eso se había convertido la etapa más larga del Giro. Gregarios y ases se lo tomaban con calma y filosofía.

Los técnicos de la prensa especializada no tuvieron nada que contar hasta el famoso alto del Pian de Cinque Miglia.

Si no conoces este famoso paso, es fácil imaginarlo. De repente la naturaleza, como cansada de actuar, se calma. De repente te encuentras delante de ti, después de vueltas y revueltas y después de haber subido a más de mil metros, con un lago inmenso, completamente seco.

En el centro del lago seco, la carretera, el camino. Alrededor todo es árido, de un color uniforme y oscuro. El silencio reina supremo. Los coches que llegan al paso ponen el silenciador y ya no tocan la bocina. Una especie de respeto reverente.

El Pian delle Cinque Miglia es una especie de tabla gigantesca colocada suavemente sobre andamios a más de mil metros de altura. A la entrada del Pian, vestido como un cobrador, con el tranvía publicitario a su lado, nuestro Lisander estaba orgulloso, bajo el sol feroz, con sus bigotes blancos al viento.

-¡Caballeros al carruaje! -anunció a los primeros corredores que llegaron al Pian-. El tranvía 856, de la marca Edison del siglo XIX, espera listo para partir; cruzará el Pian liso y sin sombra de las 5 Millas.

-Despacio, por favor, -dijo Lisander muy atentamente- uno a uno, por el amor de Dios; hay lugar para todos....

Los corredores recién llegados colocaron sus bicicletas en el techo del encantador tranvía y subieron. Lisander arrancaba los billetes y daba el cambio. El conductor estaba listo para recibir su señal de partir.

-Despacio, Casola, despacio – le amonestaba el viejo al corredor del Atala-. No te apresures, deja pasar a los corredores que han llegado a Roccaraso antes que tú. ¡Por Dios!

La gente estaba mirando, intrigada, para nada asombrada. Suceden de todos los colores en este Giro de Italia, no hay cosa que a nadie sorprenda ya; el tranvía esperaba a llenarse con las mejores unidades que formarían un gran grupo de cabeza para rápidamente ponerse en marcha; cuando en ese mismo momento estaba apareciendo la proa del coche del director de carrera, como una amenaza en el horizonte.

-Hay sitio delante... -gritó Lisander un poco nervioso - delante hay sitio.....

Pero todos los corredores, como siempre sucede en los tranvías, se quedan cerca de la entrada y los que llegan ante los ya detenidos, pues ya no pueden avanzar.

-Hay espacio por delante -insistió Lisander- por favor, ¡delante!

En cada parada de tranvía, otros corredores hacían la señal de detenerse y subían. Lisander daba billetes y el tranvía desbordaba de pasajeros. Los gregarios, siempre fieles y serviles, se levantaron respetuosamente ante el trasero de Bartoli y Coppi y cedieron sus asientos con una reverencia.

-Disculpe, -preguntó Minardi, que tenía prisa por llegar primero a Pescara- ¿todavía queda un largo camino por recorrer hasta el final del Pian delle Cinque Miglia?

-Ya casi estamos -anunció Lisander.

De hecho, el tranvía llegaba al final de su extraordinario recorrido y yo nunca olvidaré el espectáculo.

A más de mil metros de altura, un tranvía perfectamente imitado transportaba a extraños viajeros vestidos con jerséis de colores; alrededor un silencio misterioso, roto sólo por el glorioso repique del tranvía.

La pequeña y maravillosa escena tuvo un final rápido y terrible: ¡la llegada de un jurado muy estricto provocó la descalificación vitalicia de Lisander!

De hecho, los responsables del Giro están muy enfadados porque, a causa del anciano, la etapa se volvió monótona y los corredores se lo tomaron con calma usando el tranvía.

A partir de mañana Lisander ya no podrá formar parte de la caravana. Fue descalificado por transporte en tranvía no solicitado y el asunto es muy grave.

GIULIO CROSTI

Pescara, 30.

COPPI (Fausto):

-Estoy bien, sólo siento haber perdido esos cuatro minutos en la etapa de Nápoles. Espero que todo vaya bien y ahora estoy con la moral alta.

-Me gustaría decir esto: esos tipos que escriben contra corredores extranjeros, en las paredes, en el asfalto, hacen mal; no es digno de deportistas.

BARTALI:

-Mi físico va bien, pero ayer me volví a caer. La moral está tan alta como siempre.

-¿Miras mis parches? Las tiritas impresionan pero lo que duele son los golpes. Caí por el excesivo entusiasmo de la multitud. Pienso que si cada uno estuviera en su lugar todos verían mejor.

MAGNI:

-Bien por ahora. Después, ya se verá. Ayer lo hice lo mejor que pude, pero el Giro es largo. Ahora puedo afrontar incluso las cuestas.

-Ganar el Giro no es fácil, hay que tener en cuenta también muchos factores imponderables.

-Ahora sólo estamos a mitad de camino. ¿Qué opina usted? Todos creen que ganarán; es nuestro trabajo pero no se deben hacer predicciones arriesgadas.

-Veremos.

Giulio Crosti.

Rimini, 31.

A la salida de Pescara, a pesar del sol radiante, el cielo despejado y el mar cobalto, una nube de tristeza se cierne sobre toda la serpiente multicolor lista para partir. ¿Que está sucediendo? Corredores, acompañantes, técnicos y funcionarios están tristes. Incluso los "girini", estos hombres con corazones como pedernal están tristes.

Me acerco a ellos y escucho las palabras antes de empezar.

El director de carrera implora a los corredores:

-Tenéis que partir -dice- ¿Qué se podía hacer? El reglamento es el reglamento....

-Pero -dice Casola- se podría haber sido menos severo....

Finalmente lo entiendo. La caravana, la serpiente multicolor, está triste y desconsolada porque no sale hoy con ella, el infernal viejo.

Alessandro Mengoni, conocido como Lisander ha sido descalificado, como sabéis, por el asunto del tranvía. No está presente. No seguirá la etapa.

Parece que al 34 Giro de Italia le falta algo. El más abatido de todos es Casola, el bromista de la empresa, a quien realmente le gusta esa loca de Lisander.

Finalmente, después de mucha insistencia, el D. C. bajó la bandera roja (esa que tanto tentaba a Lisander) y el pelotón inició la etapa que llevará a los ciclistas hasta Rimini.

Las escenas habituales se suceden al paso del Giro: los mensajes escritos en el suelo por los calígrafos de la afición; las chicas poéticas que lanzan pétalos de flores; operarios con sus monos; escolares alineados con delantales y con las pequeñas viseras de l'Unità en la cabeza. Todos aplauden.

Bartali y Coppi siguen siendo los ídolos: un cartel en la carretera de la costa grita con caracteres de fuego: ¡Eterno Gino!

Grupos de frailecillos se encuentran en éxtasis por el Pío. Uno de ellos se pone de rodillas y murmura levantando los ojos al cielo:

-Le he visto -entonces es ayudado con cariño por frailes cercanos (no era Gino, sino Corrieri, que tiene la misma camiseta amarilla).

De repente, el grupo se estremece; hay el característico serpenteo del pelotón; serpenteos que siempre anuncian cosas nuevas.

Casola toma la delantera tirando como un loco y girandose grita señalando hacia el mar que está muy cercano:

-¡Un hombre en el mar!

Todos se giran del lado indicado y un grito unánime tapa los aplausos para Gino y Fausto:

-¡Lisander! ¡Lisandro!

Este hombre diabólico ha encontrado la manera de seguir la etapa, a pesar de estar excluido de ella: el diabólico viejo con una llamativa camiseta naranja está en el mar pedaleando en una bicicleta acuática remolcada por una lancha motora. ¡Viejo maravilloso!

Está muy bien equipado, con megáfono y catalejo. Puede seguir las fases de la etapa, animar, intervenir en los puntos culminantes, sin que el DC pueda intervenir.

Apareció cerca de Giulianova Lido. Sigue la montaña rusa hasta Grottammare y lanza la primera llamada con el megáfono:

-Ven y refréscate, venid mis corredores, -grita el diabólico con voz acariciadora, invitando a venir al fresco.

Hace un calor sofocante y el comisario y los oficiales que lo siguen palidecen. Casola tiembla: está claro que desearía seguir el consejo de Lisander. Y muchos otros corredores opinan lo mismo.

Pero Carini, el hombre de la motocicleta equipada con la bocina, muy serio vigila.

-Aquí hace un fresco delicioso, -insiste Lisander siempre con el megáfono- ciclistas de mi corazón.

En Pedaso, desde el faro de tierra, le indican a Lisander que se retire, pero el viejo se ríe satánicamente. Se fugan Pinarello, Albani y De Santi.

-Dale, dale -grita Lisander a este último- dale con todo. A toda velocidad, hombre de todas las escapadas.

-Atención, -añade, volviéndose hacia Casola- hay un bonito premio a la vista....

Así prevenido, Casola vence en Sant'Elpidio: cincuenta pares de zapatos de mujer.

Y volviéndose hacia el mar, agradece solemnemente al informante:

-Gracias, Lisander. ¡Así se hace!

-De nada - responde el viejo, muy cumplido.

Cerca de Ancona Lisander desaparece de la vista de la carrera, que se adentra, en este punto, en el interior.

Volvemos a ver al viejo después de Falconara Marittima. Todavía con el megáfono, anima a Giudici, que marcha con seis minutos de retraso; aplaude, poco después, a Mainardi y Zanazzi, escapados.

Después, me vuelvo hacia el mar cobalto, pero ya no lo veo al viejito.

No me preocupo demasiado, acelero y me dirijo a Rímini; al llegar hago la habitual carrera al teléfono, al hotel y luego a cenar.

Mientras estoy trabajando con un magnífico pescado cuyo nombre se me escapa en este momento, el camarero me trae una botella.

Mi nombre está en la etiqueta: Giulio Crosti, enviado especial al Giro. Personal. Urgente.

Alegremente descorcho la botella, pero palidezco. Dentro de la botella hay una nota. Es una nota de Lisander, que ha recurrido a este sistema utilizado en los naufragios: el correo por botella, la misiva embotellada.

La nota, escrita en mayúsculas, dice: "Sorprendido por un tifón repentino, estoy en grave peligro. Ayuda. Lisander".

Inmediatamente doy órdenes para empezar a buscarlo con los barcos de rescate.

GIULIO CROSTI

San Marino, 1 de junio.

Sé que esto no agrada a todos, pero igualmente debo avisar: a Lisander, el viejo loco, no se lo ha tragado el amargo Adriático.

Los equipos de rescate lo han salvado. Bueno, aunque se salió con la suya, ya no es él. Debes saber que los camaradas de Rimini, que conquistaron el Municipio, conmovidos por el destino infeliz del satánico, se dirigieron a la dirección de la Serpiente Multicolor y a fuerza de insistir consiguieron que Lisander fuera readmitido en la carrera. La descalificación vitalicia fue anulada por el Jurado.

Anoche, todavía todo húmedo por el naufragio, con la cara negra, cuando le pregunté qué le pasaba, él respondió secamente:

-¡No me gusta el exhibicionismo! No me gusta el exhibicionismo. Eso es todo.

Pienso y repienso. Interrogando aquí y allá, un destello iluminó mi mente: el anciano satánico siente envidia de Michele Quartironi, conocido como "El Cucchiara".

Michele Quartironi, conocido como Cucchiara es el conductor principal de nuestra caravana. Lo apodaron El Cucchiara, porque durante los largos años de servicio militar que hizo (que le obligaron a hacer, quiero decir, porque él no estaba por la labor) siempre llevaba una cuchara en el bolsillo del pecho; siempre estaba listo para comer; tenía un hambre permanente.

Bueno, Michele Quartironi, por un día, ha sido uno de los hombres más importantes del 34º Giro de Italia.

Al llegar a Rimini, habiendo cierta confusión, el Vincenzo Torriani, director de la organización, pidió a Quartironi que le echara una mano.

Se quitó la pulsera de cuero, la insignia del director, y se la dio a Michele Quartironi diciendo: "recomiendo, recomiendo".

Eso es todo. Como se ve, no se trata de exhibicionismo, sino de una útil labor de ayuda. Pero Lisander, muy envidioso, se sintió herido...

Él estaba deprimido. Llevaba a su sobrino Pierino de la mano y deambulaba entre la multitud con expresión ausente. Pierino llamaba la atención: tenía los ojos rojos y una mirada muy cansada como si no hubiera dormido por noches y noches. Intenté iniciar una conversación alegre con los dos, pero el anciano dijo:

-¡Déjenos en paz!

Nunca vi a Lisander tan malhumorado.

Aquí estamos, pues, en nuestro hotel de San Marino, que nos recibió de modo excelente. Lisander y Pierino se han encerrado en la habitación inmediatamente después de cenar.

Sentado en la cama, con la frente mojada por el sudor frío, escuché. Era la voz de Lisander. No podía entender lo que estaba diciendo. Pero era él.

-...querido Metzger – decía la voz de Lisander-, así que no creas que los aficionados verdaderos ignoran tus esfuerzos y tu comportamiento en el Giro. Tuviste mala suerte, eso es todo. Pero tu día llegará. Estamos seguros de ti; tu pedaleo, tu manera de estar en el sillín, te llevarán lejos. Seguramente no terminarás el Giro último en la clasificación...

Un descanso. Después, otra vez la voz de Lisander:

-Pierino, ahora firma así: Un grupo de deportistas italianos y franceses, tus admiradores. ¿Lo has hecho? Ahora otra carta. ¿Estás listo? Escribe:

-Querido Bof: te escribe un grupo de aficionados que te han visto pedalear. No creas, querido Bof, que los verdaderos fans ignoran tu clase y lo mucho que estás haciendo en este Giro; aunque estés en los últimos puestos de la clasificación general. Has tenido mala suerte, eso es todo, pero tu día llegará. Estamos seguros de eso. Tu pedaleo, tu forma de estar sobre el sillín...

Me incliné y miré desde el ojo de la cerradura.

Lisander, siempre envuelto en el albornoz de Casola, dicta mientras camina.

Inclinado sobre su papel de escribir, Pierino, con los ojos enrojecidos por el insomnio, escribe.

Permanecí en la duda durante unos segundos, luego un destello iluminó mi mente, todavía nublada por el sueño interrumpido: Lisander escribía a los últimos corredores del ranking, haciéndose pasar por un grupo de fans sinceros y animando a estos corredores a continuar, a no amargarse.

Me sequé una lágrima furtiva. ¡Corazón de oro! La aventura debe durar muchas noches, porque además de los ojos rojos de Pierino, escuché en cierto momento de otras cartas, de igual contenido, a Giovanni Pinarello, a Olimpio Bizzi, a Corrieri y a Gestri.

Lisander le decía al pequeño escritor del Giro:

-Para Emilio Croci Torti escribimos la misma carta que le enviamos el otro día a Marinelli. ¿Conservaste la copia? ¡Buen chico! Ahora escribe de nuevo:

-Estimado Luciano Cremonese, somos fans y sabemos que sólo la mala suerte es la razón de tu posición en la clasificación. Pero esto no terminará así. Tu pedaleo, tu forma de estar sobre el sillín...



Después de escuchar de nuevo, no pude resistirme. Mis pies estaban descalzos, estaban congelados. Entré y los abracé a los dos: a Pierino, el pequeño escribano del Giro; estreché la mano de Lisander en silencio, conmovido. Nos abrazamos llorando amargamente. Entonces, el anciano se recuperó y dijo:

-Incluso cuando haces algo útil, no hay necesidad de darlo a conocer, de presumir. No me gusta el exhibicionismo...

Ojalá Quartieroni, digo el Cucchiara, no se entere.

GIULIO CROSTI

Venecia, 4.

Estoy de vuelta otra vez, soy Pierino. Lamento coger el bolígrafo en un día muy triste para nosotros. Barbisa, el fotógrafo que seguía el Giro en moto, falleció durante la etapa Bolonia-Brescia.

Un vehículo pinchó repentinamente y él no pudo frenar a tiempo. Era un muy buen "girini" y su fallecimiento nos entristeció mucho. En particular, era muy amigo de Lisander; si has leído los relatos de Crosti, lo sabrás. Barbisa era el apodo, su nombre era Arturo Mattinzoli. Era muy conocido en Milán, donde fotografiaba principalmente a boxeadores.

¡Pobre Barbisa! Siempre tan servicial. Daba a todos información sobre fugas y persecuciones y tenía un rostro característico que no se puede olvidar. Lo que lo hace más triste es que deja una esposa e hijos.

Pero el Giro es cruel. Se pone en marcha nuevamente, dejando al pobre Barbisa frío y sin sonrisa en el hospital.

Y tengo que contarles lo que pasó en las dos últimas etapas. Siempre me refiero a la acogida que recibimos de los camaradas en el camino. Finalmente escuché gritar mi nombre y también le vi escrito. No va a ser siempre el de mi tío Lisander...

¡Hasta embutidos!

Son innumerables los pueblos y ciudades que nos han brindado una hospitalidad inolvidable. El espacio me obliga a escribir sólo unas pocas notas, pero, acabado el Giro, Crosti ha prometido que escribirá un artículo específicamente sobre el tema.

Aquí están: los camaradas y fans de Lavino di Mezzo, de Anzola dell'Emilia, de Bagno di Reggio, los "pioneri" de San Maurizio, nos han cargado de flores y dinero. Llevaban grandes carteles preguntando por mi tío. Un motociclista nos arrojó unos preciosos claveles rojos. En Villa Cadè otras flores, otros regalos.

Pero muchas veces, dado el ritmo de los corredores, no pudimos detenernos. De lo contrario interrumpiríamos el tráfico de la caravana.

Como lo ocurrido en Porto Civitanova, en las etapas anteriores, y en Guastalla en la penúltima. Lo sentimos por aquella compañera (¡fue una encantadora compañera en Guastalla!) que se quedó con las flores en la mano, pero no pudimos parar.

Que sepan estos queridos camaradas que es como si las hubiésemos recibido.

Por volver a los lugares donde lo celebraron, vale la pena mencionar a Gualtieri, donde el camarada Scansari hizo un Lisander siete veces más alto que el real, una imagen verdaderamente hermosa. El "mío tío" estaba lleno de orgullo; y agarró las botellas de vino que le habían preparado para el avituallamiento con lágrimas en los ojos.

En Suzzara, más tarde, no hablemos: nos dieron siete cajas de embutidos, suficientes para matar el hambre a toda la caravana, perdón, la serpiente multicolor como dice mi pariente. En Gaibana (Ferrara), dinero para el administrador, con la seguridad de que en la Festa de l'Unità le darán mil veces más.

Las secciones de San Giovanni in Persiceto nos escribieron una carta realmente conmovedora y nos regalaron un cuadro del camarada Loredano Bizzarri, asesinado por un "agrario" durante el acto de los trabajadores de 1949.

Los festivales de Bolonia

Es necesario recordar la acogida de Bolonia; no voy a intentar explicarlo, no podría. Nos sentimos como envueltos en un abrazo que nunca termina. Hasta se paran en la calle por la noche y dan un espectáculo en nuestro honor.

Con nosotros estaba nuestro compañero Osvaldo Negarville, quien nunca había visto una carrera ciclista y quien dijo estar asombrado de que una carrera ciclista pudiera conmoverle. (Pero se refería a la acogida de sus compañeros, por supuesto, no a los corredores, que durmieron un poco en esta etapa).

En San Matteo Décima, Mario Fantuzzi entregó ocho mil liras como premio al primero que pasara por aquel lugar, y quería que la línea de meta llevara el nombre de mi tío Lisander.

Pediré volver a seguir el Giro de forma oficial el año que viene, porque es muy lindo darse cuenta de que nos encontramos comunistas en todas partes y somos como hermanos.

Ahora cerraré estas notas contándoles lo que pasó en Pescara, en la llegada. Todo el mundo pedía nuestros gorros, que llevaban las letras "Unitá". Un niño, sobre todo, lloraba y lloraba, pero su padre no lo soltaba.

El niño estalló en gritos: ¡Voglio la viserina de l'Unità!

El padre se puso rojo y murmuró algo. Luego se fue con su hijo.

Este señor era el comisario de policía de Pescara y todos se rieron al conocer la historia.

Con esto me despido de ustedes y lamento que me dejen tan poco espacio: lamento también haber tenido que omitir muchos nombres, pero no importa.

Vuestro Pierino.

Para la familia del pobre Mattinzoli, fotógrafo fallecido en la etapa de Brescia, toda la caravana ha hecho una suscripción para entregar a la viuda, junto con sus condolencias, una suma de dinero.

GIULIO CROSTI

Trieste, 5.

Noche de luna en el Gran Canal de Venecia (para la descripción relativa, contactar con Alfredo De Musset u otros escritores), mientras una góndola se desliza sobre el agua. En la góndola van hombres toscos y bronceados, de facciones marcadas y una incipiente barriga debido a la edad.

-En mi época -dice uno de estos- no pasaban así las cosas. No se esperaba a los Dolomitas para comenzar una batalla...

-No, seguro -alguien más insiste-, aunque quedaras segundo, lo dabas todo. Siempre.

-Nosotros igual, -corean otros.

En ese momento, el gondolero grita:

-Un hombre en la laguna.

El desafortunado es salvado, subido a la góndola, refrescado y, tras respiración artificial, finalmente puede hablar. El explica:

-Soy Lisander. Cuando salí a la calle a coger el tranvía, no me acordé de que en Venecia no hay tranvías y me caí al agua. Pero háblenme de ustedes, queridos amigos; los reconocí enseguida: Girardengo, Guerra, Belloni, Cottur, Sivocci, Pavesi, Rimoldi y Bertolazzi. Ahora sois directores deportivos, pero alguna vez fuisteis glorias del ciclismo italiano. ¿Por qué estáis tan tristes?

-Estábamos hablando de nuestro tiempo; de aquellas veces, cuando había batalla; cuando no se esperaba a los Dolomitas para....

-Un momento -grita Lisander-, un momento. Tuve una idea. Escuchen...

El viejo satánico ha tenido una idea formidable: como los actuales corredores no se comprometen para hacer interesante el Giro, él piensa en formar un equipo, liderado por Girardengo, y formado por todos los ases del pasado, los que veíamos en la góndola, en el Gran Canal. Lisander es Director Técnico, asistido de Pierino.

Al salir de Venecia, una verdadera ovación dio la bienvenida al nuevo equipo y la población lagunera parecía haberse vuelto loca.

¡Dai Gira! ¡Dai Tano!

Gira, Belloni, Guerra: el Giro ha recuperado el interés y se está volviendo apasionante. La multitud grita:

-Vamos, Gira; vamos, Tano; vamos, locomotora humana....

Es una verdadera lástima que Binda no esté.

Lisander, desde el megáfono, lanza a los viejos ases al ataque.

Guerra tira; de vez en cuando Gira ataca y Belloni siempre está detrás de él (Belloni, que siempre quedó segundo, quiere respetar la tradición incluso hoy).

-¡Vamos, hasta la muerte! Manos abajo, -grita Pierino.

Y los antiguos campeones parecen resucitados. Una fuga tras otra, pinchazos, persecuciones rápidas.

Escenas de emoción y escenas de desesperación; parece que hemos vuelto a los buenos tiempos.

Como por arte de magia, todo cambia en la procesión de la Serpiente Multicolor. Los cabellos vuelven a ennegrecerse, las barrigas se repliegan, los viejos técnicos, impregnados de un aliento vivificante y excitante, lanzan besos a las chicas, incitándolas también.

La pelea se vuelve furiosa. Gira logró adelantarse a todos, pero con una persecución demoníaca, Belloni y Sivocci lo atrapan.

Gira se baja de la bicicleta y hace una señal en el polvo: quiere retirarse.

Lisander interviene con el megáfono:

-Eres un flojo maloliente.

El gran campeón vuelve al sillín ayudado por la locomotora humana.

El ejemplo es muy contagioso. Hay fugas en el grupo de girinis, los reales: Casola, Padovan, Bevilacqua, Pezzi, Corrieri.

Mientras tanto, entre las viejas glorias, en el Tagliamento, Pavesi es distanciado y se le en dificultades. Insiste en fumar su fiel pipa incluso mientras corre y esto le provoca graves problemas respiratorios.

En el Piave, había pinchado Gaetano Belloni. Salta del sillín, quita el neumático con sus fuertes dientes, pero con las prisas resulta que rompe la llanta con sus incisivos. Tiene que cambiar de rueda y lo hace con visible amargura.

El grupo, entonces, el formado por los verdaderos girinis, ya no puede permanecer tranquilo y plácido, después del ejemplo que le han dado las viejas glorias.

De Santi y Pezzi huyen. En Monfalcone ya tienen dos minutos de ventaja sobre el resto del grupo. No quedan muchos kilómetros para llegar a la meta.

Dado cómo van las cosas y dado que, como dicta otra arraigada tradición, está empezando a llover a cántaros, surge la voz de Sivocci, que dice entre las viejas glorias:

-Nadie nos obliga a hacerlo. ¡Es suficiente! Atrás.

-¡Nunca! -Belloni responde-. Nadie me quitará el segundo puesto, que por derecho es mío.

-A casa - insiste Sivocci - apoyado por Pavesi, angustiado pero fumando en pipa-. Volvamos a nuestros coches de Director Técnico.

¡Patas de mantequilla!

A pesar de este frenazo de las viejas glorias, había sido suficiente, porque el grupo de verdaderos girinis, que caminaban desde hacía horas, colorados de vergüenza, a paso de caracol, deciden acelerar, despertando de su hibernación.

Luego, el grupo persigue furiosamente a De Santi y Pezzi. Estos, ya no apremiados por el ejemplo de las viejas glorias, se derrumban y son alcanzados cerca de Villa Opicina.

-Gambe di burro -grita Lisanter a las Viejas Glorias.

Pero Rimoldi, Bertolazzi, Sivocci, Belloni, Girardengo, Cottur, Pavesi y Guerra se niegan a continuar. Ellos también están atrapados en “los tiempos de hoy en día” y se detienen. Vuelven a subir a los coches de las marcas que dirigen y Pavesi se tumba con los pies fuera de la ventanilla, siempre fumando.

Ya estamos cerca de Trieste y en la bajada de Villa Opicina, el grupo de “Girini” ha vuelto a formar un grupo clásico como el de las carreras de hoy: descienden bajo la lluvia, afrontando en masa las curvas empinadas y resbaladizas. De repente una caída general. Todos los ases salieron volando.

Naturalmente, como es obligatorio en cada etapa, en cuanto los primeros corredores llegan a la meta, deja de llover y brilla el sol.

Otras caídas pero de poca importancia en el sprint final.

La gente protesta porque ha pagado y no ve a los ases.

-¡Vaya cosa quieren ver! -dice Lisander, sarcástico.

GIULIO CROSTI

Trieste, 6.

BARTALI:

-Tengo poco que decir. No tengo planes. No tengo ninguna estrategia oculta. Mi salud es excelente y mi moral es muy alta. Con veinte minutos de retraso, sólo alguien con la moral muy elevada puede continuar. Haré mi carrera, haré lo mejor.

COPPI, FAUSTO:

-Nunca he hecho ninguna predicción; mucho menos lo voy a hacer ahora, que no estoy en mi forma habitual. Confiaré en el destino...

BOBET:

-La moral está muy baja, pero saldré de todos modos. Me pondré la camiseta tricolor francesa y mostraré mis posibilidades, aunque esté arruinado por la penalización de cinco minutos.

Giulio Crosti.

Cortina, 7.

Busqué a Lisander desde el palo mayor hasta las bodegas, buscando en todo el Abbazia, el barco que nos acogió en Trieste, sin encontrar al viejo infernal. Le pregunto a Ettore Fregnani, masajista del Bottecchia y muy amigo suyo. Me explica:

-Preguntó insistentemente sobre el tiempo y el clima, consultando a un señor. Quería saber si había peligro de avalanchas y luego se puso en marcha.

-¿Partido? ¿Como? ¿Cuando?

-En la madrugada. Fue a la estación. Estaba esperando un vagón de Aosta. Luego debió tomar el camino de la montaña.

Una sensación de frío recorre a la Serpiente multicolor. El cielo es color pizarra, una fina y triste llovizna cae como un grito desconsolado. Se siente, y es inútil intentar ocultarlo, la falta del viejo satánico; disgustado por el comportamiento indigno de la dirección de carrera hacia él, tal vez esté de regresó en Milán.

Las horas y los kilómetros pasan, inútiles y vacíos; Casola, el bromista del grupo multicolor, está triste, no sólo por la inminencia de las subidas, sino sobre todo por la falta de Lisander. Luego, justo cuando el camino, después de kilómetros y kilómetros, comienza a empinarse con una pendiente notable, poco después de Forni di Sopra, Casola, antes de desaparecer tragado por la subida, reúne todas sus energías para soltar un grito sobrehumano:

-Aquí está, aquí está.

Luego desaparece entre el polvo. Pero ha dado la alarma. Se trata, en realidad, de Lisander en compañía de su sobrino Pierino. ¡Diablo de hombre! ¡Pensado y ejecutado!

De hecho, ¿sabes qué se le ocurrió hoy al viejo satánico?

Lisander, completamente vestido de montañero, con botas, anorak y cuerda al hombro, se ha procurado un grupo de magníficos perros San Bernardo. Estos magníficos animales de ojos llorosos son famosos por su capacidad de rescatar y ayudar a los montañeros durante el cruce de picos imposibles.

Ahora me explico la llamada telefónica de Lisander de Trieste a Aosta. Había llegado a un acuerdo con los monjes del hospicio San Bernardo.

-¡Viva Lisander! -gritan los corredores agradecidos.

Y los dulces valles verdes y serenos devuelven el grito de alegría.

-Listos para el avituallamiento -grita Pierino.

Tío y sobrino están en una camioneta y dirigen con silbidos, gritos y llamadas, unos perros de San Bernardo, que corren junto a los corredores.

Estos perros San Bernardo están equipados, como es sabido, con un barril colgado al cuello. El barril contiene bebidas vivificantes, que los corredores aspiran a través de una pajita especial, larga y flexible. Todos se refrescan abundantemente chupando y, así refrescados, se sienten fuertes y desatan la batalla a lo largo de la subida que conduce al col Mauria.

-¡Bien hecho! -grita el anciano satánico, sonriendo ante la combatividad que demuestran-. Beban, bebed. ¡Todo gratis!

Luego, como hoy está permitido cambiar la rueda, cambia una rueda con manojos de edelweiss, que arroja a profusión sobre el grupo de girinis. Incorpora un coro del valle, jóvenes de barba rubia que cantan coros conmovedores. La serpiente multicolor no resiste estos coros, se distiende, se producen los primeros retrasados. Menon escapa a toda velocidad, pero la fuga dura poco. En efecto:

-Pero... no te dejaré solo... -entona el coro y, poco después, Menon es alcanzado y alcanzado por un pequeño grupo de siete punteros.

Se han beneficiado abundantemente de la provisión de los perros San Bernardo y se mantienen "ligeros", ayudados por buenos animales serviciales con barriles providenciales. Los punteros en cuestión son los siguientes: Coppi, Bobet, Magni, Kubler, Pedroni y Bartali.

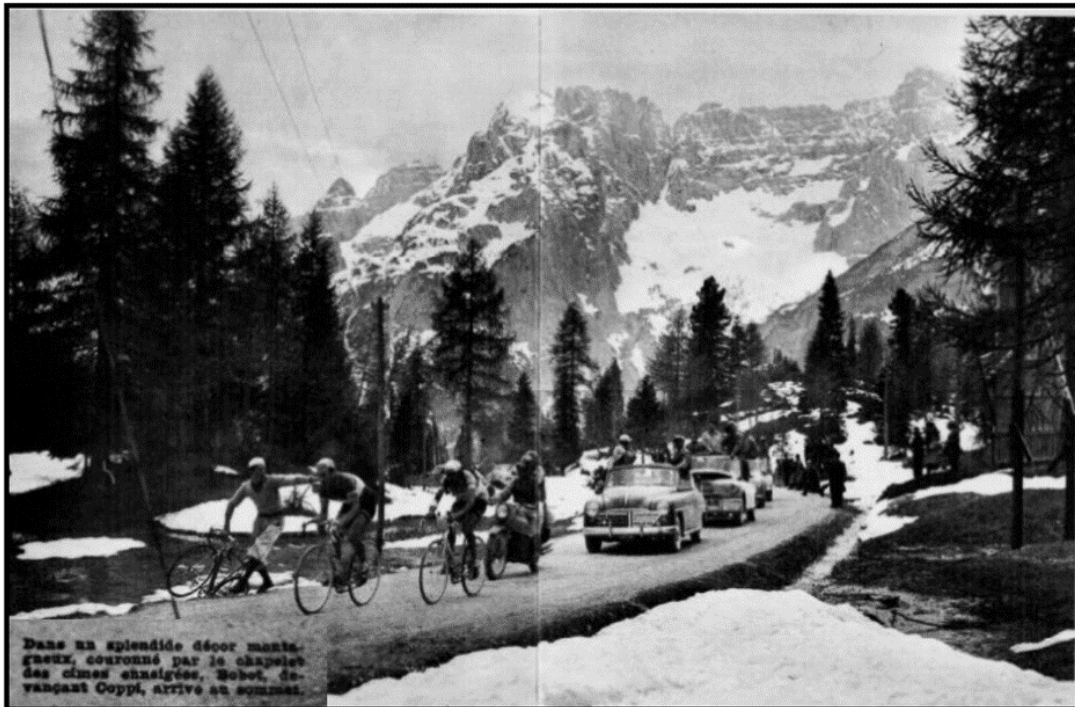
Aquí, Fido -gritan los punteros- Aquí. ¡Febo!

Llamados por su nombre, los fieles perros San Bernardo vienen corriendo con el barril y la pajita. Lisander sonrió. Su invento está demostrando ser verdaderamente eficaz. El trigésimo cuarto Giro de Italia, gracias a los perros de San Bernardo, ha recuperado audiencia e interés.

¡Larga vida a Fido! ¡Viva Febo! gritan los espectadores, embelesados y entusiasmados, mientras pasan los punteros y los serviciales San Bernardo.

-¡Vivan los perros! ¡Vivan los perros, fieles amigos del hombre!

La prueba que están dando estos magníficos ejemplares de la raza canina es maravillosa. En la meta de Mauria Pass, Coppi pasa primero, seguido de Fido.



-¡Viva Fausto! ¡Viva Fido! es un grito unánime.

En la meta de Misurina, Bobet primero, seguido de Febo.

-Viva Luison, larga vida a Febo.

Fido (Coppi) y Febo (Bobet) se lanzan al descenso de 14 kilómetros que les llevará hasta Cortina. En Cortina, Febo (Bobet) vence a Fido (Coppi).

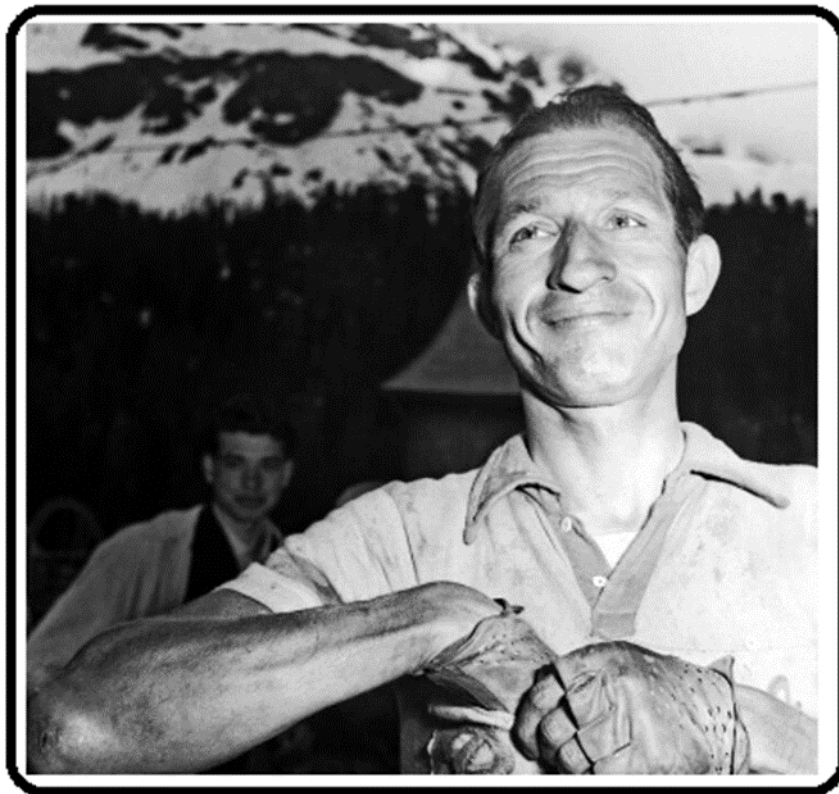
El resto es sabido.

GIULIO CROSTI



Diner intime entre amis. Dans la chambre de Louison, la table est dressée. Marinelli (à g.), en pyjama, et le fidèle soigneur Le Bert (au centre) devaient en absorbant leur repas. Dans le fond, trônent les fleurs de la victoire d'étape.

(De uno de nuestros corresponsales) **MILÁN, 11.**



Al regresar del 34º Giro de Italia, encuentro mi correo en la redacción, aquí en Milán. Entre todos, un sobre destaca por su llamativo color azul claro. Lo abro febrilmente.

Decepción: no es de ella, sino de él, es decir, nuestra Alessandro Mengoni, conocido como Lisander, el viejo infernal. Aquí está el texto:

Carísimos,

Escribo a Crosti, mi fiel biógrafo, y me dirijo a todos vosotros, fieles amigos. Crosti, tendrá el placer de abrir una de mis cartas sin tener que recurrir al innoble truco del vapor, el que ha utilizado durante todo el Giro.

Pero vayamos al grano. Debo agradeceros esta bienvenida verdaderamente triunfal, y lo hago con los ojos llorosos. Nunca ningún Giro ha visto tanta multitud, nunca ninguna serpiente multicolor anterior ha sido recibida con tanto delirio como este Giro número 34.

Sé que esto se debe a la presencia de mi modesta persona en la caravana y me llena de legítimo orgullo, pero lo que realmente hizo cosquillas a mi vieja y considerable autoestima fue la velada triunfal de anoche en el Palacio de Hielo.



El hecho de que los girini originales y los ases de los pedales estuvieran molestos se explica por mi contribución a la gran y monótona carrera por etapas, pero el público de cinco mil personas me ha dejado pasmado. Lo confieso abiertamente.

Y entre este público se encontraban aparentemente Ulisse, el director de L'Unità, al que me une una antigua y fraterna amistad, y el administrador Lodi que me permitió, aunque con cierta severidad administrativa, algunas compras de recuerdos en Venecia y Saint Moritz.

Considerándolo todo, muy bien.

Debo agradecer a Osvaldo Negarville que, junto con los Amigos de L'Unità, organizaron esta hermosa velada. Y tuve que presentarme ante la multitud que me vitoreaba con mi traje de trabajo. Fue un momento de delirio del que guardaré un recuerdo eterno.

Entre los corredores estaban Pezzi, Barozzi y Luciano Maggini del Atala; Conte de la Bianchi; Rivola, De Santi y Bof de Benotto.

Les dieron medallas de oro. La única nota negativa de la velada fue que para mí no hubo ninguna medalla, ni siquiera de hojalata olvidable, pero por lo demás, repito, todo estuvo bien.

Bueno, ahora por fin os desvelo los motivos de mi Giro.

Todos siempre pensaron que lo estaba siguiendo por pura pasión deportiva: tengo que poner mis cartas sobre la mesa.

Crosti hizo todo lo que pudo abriendo mis cartas a Carolina, con vapor, pero no pudo descubrirlo: ¡pues yo se lo cuento a todo el mundo!

¡Tenía que buscar un lugar para pasar las vacaciones!

Siguiendo a la Serpiente Multicolor, no prestaba atención tanto a las distintas velocidades de la muy incierta lucha, como a anotar los lugares adecuados para pasar las vacaciones con mi hermana Carolina y mi sobrino Pierino.

¿Mar o montaña? No encontré nada y ahora estoy en problemas con Carolina.

¡Qué quieres, la Italia es tan hermosa que dándole la Vuelta te deja perplejo!

A medida que avanzaba con la caravana la cosa iba empeorando...

Los lugares que visitaba posteriormente me hacían olvidar los anteriores. Así que he vuelto a donde estaba antes...

Carolina insiste en que la investigación continúe con el Tour de Suiza o incluso el Tour de Francia.

Y ahora también me despido de mis compañeros de viaje.

Los abrazo con cariño, eran hermanos míos y de Pierino: Quartieronni conocido como "Er Cucchiara", Cacioni conocido como "Er Bocio", Ardissono conocido como "L'Infernale micrófono", Camoriano y Crosti.

Les digo que difícilmente los olvidaré y espero que les pase lo mismo.

En cuanto a Pierino, seguramente será enviado de nuevo. Ha aprendido a cambiar un neumático tubular con los dientes, pero no sabe nada de la historia de la patria.

Debo decir que el deporte también es cruel. Y aquí ya no bromeo, como siempre, pensando en el pobre Barbisa que nunca más volverá a casa con nosotros.

Besos y abrazos a todos; soy tu Lisander conocido como "El Viejo Infernal"...

Sólo ahora me doy cuenta de que en el reverso del sobre de Lisander estaba escrito:
"Sólo debe abrirse exactamente a medianoche, con la prudencia necesaria".

¡Paciencia! Será para otra ocasión.

GIULIO CROSTI

